

CAMUS I SARTRE → L'enfrontament entre dos intel·lectuals

>>

dels colonialismes i imperialismes independentment de l'opinió de l'esquerra establerta. I em sembla que això és molt important per a entendre el nucli dur de l'enfrontament amb Camus (un cert Camus, val a dir) i també de la lectura posterior que s'ha fet de la seua figura. Sartre, per exemple, no va negar mai l'existència dels camps del *gulag* ni les seues atrocitats. Mai va ser un comunista crèdul. Això, certament no el disculpa, i potser l'inculpa més encara i tot, ja que res el pot fer encabir en la categoria dels seduïts pel comunisme com a il·lusió. La de Sartre no era una «ment captiva». O millor dit, sí, però d'altra manera. Però precisament això ens obliga també a analitzar de manera històrica què significa aquella presa de partit sartreana en el context d'una guerra freda, en què la lluita contra el capitalisme, l'imperialisme i les vulneracions de la democràcia (aleshores, no ho oblidem, qüestions centrals de l'esquerra) van ser aspectes que de cap manera Sartre no volia deixar de criticar. Camus, òbviament, tampoc, però va preferir considerar el comunisme com la gran tragèdia del segle XX, la pedra de toc de tot el seu entramat intel·lectual. És difícil, certament, ara que el comunisme no existeix negar-li a Camus l'encert

III Camus tendia a veure tot el pensament marxista com a còmplice de la violència

en la seua crítica (el mateix Sartre, no molts anys més tard va reconèixer que la «moralitat» havia quedat abandonada pel «realisme»). Però fariem mal de deslligar les decisions preses d'un context històric concret. En lloc d'esgrimir arguments maniqueus propis de la guerra freda, el que cal és entendre què és el que estava en joc en aquell moment a una Europa dividida, justament com ens proposa Aronson. Què significava ser comunista era molt més complex en aquell moment i no són suficients les anàlisis del comunisme com a «il·lusió» a la manera de François Furet repetides després a bastament. En la seua disputa, Camus tendia a veure tot el pensament marxista com a còmplice de la violència i l'assassinat. Deixant al marge els errors intel·lectuals que els seus textos contenien (i que Sartre va fustigar sense pietat), aquesta lectura situava al principal partit de l'esquerra francesa i a molts dels seus valors, fora de tota possibilitat de redempció. Sartre no estava disposat a aquesta mena de «xantatge». Certament Sartre creia que el comunisme era «reformable» i «millorable». S'equivocava. Però creia també que l'esquerra havia de seguir lluitant contra el capitalisme i les seues injustícies. Per això, quan va esclatar el conflicte d'Argèlia, un Sartre que ja no era comunista, va combatre aquells excessos amb tot el seu coratge. Camus, en canvi, no va poder.

A la fi, em sembla que el que aquest llibre aconsegueix amb escreix es fer-nos llegir la disputa entre els dos grans escriptors des d'altres posicions que les de les trinxeres de la guerra freda i el seus hereus. La qüestió ara, en definitiva, no és qui tenia raó. La tragèdia més aviat és que el que estava en joc, com diu Aronson, va ser la derrota de l'esquerra en el segle XX, «*el desmembrament de l'esperança*».

Tres conferencias del filósofo francés pronunciadas en 1965 El regreso de Sartre



Jean-Paul Sartre

Defensa dels intel·lectuals

Introducció de Mercè Rius

Traducció d'Albert Mestres

Pub. Universitat de València, 2006

Justo Serna

¿Quiénes son los intelectuales? ¿Aquellos que cultivan el intelecto, los que se valen de la reflexión, de la cognición? Si ésa fuera la respuesta, entonces todos los seres humanos, salvo grave avería, podrían definirse como tales. Los individuos no somos mera chiripa existencial: somos herederos de tradiciones milenarias que llegan hasta nosotros y que nos proporcionan los recursos de que servimos para pensar y actuar, como intelectuales, como filósofos. Nos abismamos en nuestro propio yo y evaluamos lo que nos pasa o nos concierne empleando las referencias culturales que cada uno tiene. ¿Pero esa circunstancia nos convierte en pensadores? Todos

los hombres son intelectuales, decía Antonio Gramsci, aunque no a todos los hombres les corresponda desempeñar en la sociedad dicha función.

Quienes la desempeñan son aquellas personas que, dotadas de alguna cualidad reconocible, intervienen, denuncian. Son referentes para numerosos seguidores o rivales que aguardan sus pronunciamientos. Estos individuos reverenciados o detestados son creadores: han alcanzado una preeminencia pública por la virtud artística o científica con que están ungidos y, así, filman películas, publican novelas, poemas, estrenan obras dramáticas, investigan. Su conversión en intelectuales viene después, cuando valiéndose de la celebridad o del reconocimiento se atreven a hablar de cosas que no son de su competencia: hacen declaraciones, firman manifiestos, critican decisiones, enjuician a los gobiernos y difunden su palabra, su voz.

O, como dijera Jean-Paul Sartre, el intelectual es un entrometido, alguien que se inmiscuye donde no le llaman y que espera derrocar verdades recibidas y prejuicios heredados, atavismos y políticas que juzga retrógradas. O, más aún, el intelectual es aquel que abusando de la notoriedad alcanzada sale de su ámbito (la ciencia, la literatura, el arte) para criticar a la sociedad, para reprender a los poderes establecidos. La celebridad: justamente cuando el creador aprovecha esta circunstancia para examinar el estado de la moral colectiva, cuando el científico se sirve de la fama para interpelar a sus destinatarios, cuando el poeta se erige

en defensor de una causa, entonces estamos en presencia de intelectuales. Se exhiben ante sus compatriotas y ante el mundo coronados por el prestigio y protegidos gracias a su crédito.

De todo esto habla Jean-Paul Sartre en su *Defensa dels intel·lectuals*, un pequeño volumen que PUV ha tenido el acierto de incluir en la serie Breviaris (piezas de reducidas dimensiones y de rápida lectura, pero que invitan al pensamiento lento y profundo). El texto del filósofo francés está formado por tres conferencias impartidas en Japón en 1965, cuando ya se le había concedido el Premio Nobel (que él rechaza con gran aspavento), cuando su acercamiento al izquierdismo ya era bien explícito, cuando el tercermundismo ya formaba parte de su penúltimo ideario. Se halla en su postrera fase, poco antes de que una nueva generación de filósofos e intelectuales (los estructuralistas) espere poder retirarlo del proscenio francés: él es el pensador del compromiso y de la subjetividad, pero ha sido también el compañero de viaje de los comunistas, alguien que naciendo burgués creyó hacerse por entero con el solo auxilio de su propia reelaboración, con la denuncia y con una palabra prolífica que remienda o reinventa las cosas. Contradictorio, testarudo, desaliñado incluso, Sartre cultivó todos los géneros con urgencia, como ese huérfano que por saberse arrojado al mundo iniciara una escritura inacabable para así tapar la soledad, el vacío, el no ser, la finitud, la muerte. Su entierro, en 1980, fue, sin embargo, multitudinario. De ese cortejo, de ese velatorio, aún formamos parte.

PENSAMIENTO

Un cuaderno de aforismos de Heidegger

Oscura luz

rencia, cuando menos, hacia los actos que se cometieron. Incluso hay quien afirma que su pensamiento, en su búsqueda de lo esencial, deja ver la influencia de tal doctrina bajo la forma de un marcado desinterés hacia los auténticos problemas del ser humano —libertad, dignidad, subsistencia. Son los riesgos de la metafísica: fija uno la mirada largo rato en los ideales puros y es bien probable que, al volver a posarla sobre lo terreno, encuentre que su reino —*Reich*, en alemán— no es, a fin de cuentas, de este mundo. A pesar, o a causa quizá de esta circunstancia, muchos lo consideran como una especie de guía espiritual portador de un mensaje eterno, y veneran esas imágenes donde aparece con su tradicional gorro en la coronilla, su malévolas sonrisa, y su halo de santidad intelectual.

Al igual que aquel líder de masas a quien apreció tanto, mucho se esforzó Heidegger por elaborar ese icono y el retablo al completo, desde los elementos de la decoración hasta el cálculo de sus efectos. Bernhard ha retratado al personaje, como acostumbra, con trazo grueso: comiendo pan amasado por él mismo, leyéndose a sí mismo —jamás un halago hacia los libros enviados por Char, Hannah Arendt o Celan, por ejemplo—, «*con sus pantalones bombachos de fieltro delante de su hipócrita blocao de Todtnauberg*», esa cabaña de la Selva Negra sin electricidad ni agua corriente donde disfrutara su proceso de «desnazificación», una autodesinfección inducida por los aliados que no daría resultado alguno. En ese eremitorio y en esas circunstancias vitales escribiría Desde la experiencia del pensar, un puñado de

aforismos que en muchos casos resulta difícil no interpretar en clave literal, viniendo de donde se viene: «*Pensar es restringirse a un solo pensamiento, alzado, fijo, como una estrella en el cielo del mundo*», «*El dolor obsequia su fuerza salutífera allí donde menos la esperamos*», «*Quien piensa a lo grande ha de errar a lo grande*»...

En este esoterismo expresivo se encuentra unos de los rasgos característicos del pensador alemán, como es sabido. De hecho, la cabaña incomunicada funciona, si se quiere, como una metáfora de su oscuro idiolecto, de esa opacidad que exime de toda culpa y todo compromiso y protege de la temible intemperie que sería el habla común. Señala Adorno que la de Heidegger es una ideología hecha lenguaje, una jerga cuyas palabras suenan, «*independientemente del contexto y del contenido*

conceptual, como si dijeran algo más elevado de lo que significan», de suerte que interpretarlas en su recto sentido implicaría, qué curioso, tergiversar el mensaje. No hay nada más pavoroso para el elegido, en efecto, que la pesadilla de ser comprendido de inmediato y sin mayor dificultad, esa vulgarización de la «experiencia del pensar» que es necesario evitar a toda costa. Este cuaderno funciona como un ejemplo palmario de esa actitud, motivando el carácter bilingüe de la edición castellana y, sobre todo, la incorporación de un diccionario terminológico bastante más extenso que el propio texto. Podría discutirse una vez más si los materiales de partida merecían tan lustroso tratamiento —mucho espacio en blanco, bella tipografía, imágenes del lugar—, o su publicación siquiera, pero sabido es que la palabra sagrada no conoce límites ni fronteras, y que lo de menos es su eventual sustancia o su pertinencia. La retórica de lo eterno y su apariencia de verdad, la comunión sectaria, el aparato escénico: eso es lo que cuenta en realidad, también en esto.



Martin Heidegger

Desde la experiencia del pensar

Traducción de Félix Duque

Abada, Madrid, 2006

Chema de Luelmo

Veámoslo así: son errores que puede cometer cualquiera. Se dejó abrazar por el nazismo, creyó en su mensaje; mostró indife-